

Publicado en *Herramienta* (<http://www.herramienta.com.ar>)

[Inicio](#) > Las bases militares en América Latina. Colombia en la geopolítica imperialista

Las bases militares en América Latina. Colombia en la geopolítica imperialista

Autor(es): Vega Cantor, Renán



Vega Cantor, Renán. Historiador. Profesor titular de la Universidad Pedagógica Nacional de Bogotá, Colombia. Doctor de la Universidad de París VIII. Diplomado de la Universidad de París I, en Historia de América Latina. Autor y compilador de los libros Marx y el siglo XXI (2 volúmenes), Editorial Pensamiento Crítico, Bogotá, 1998-1999; El Caos Planetario, Ediciones Herramienta, 1999; Gente muy Rebelde (4 volúmenes), Editorial Pensamiento Crítico, Bogotá, 2002; Neoliberalismo: mito y realidad; Entre sus últimos trabajos

podemos mencionar: Los economistas neoliberales, nuevos criminales de guerra: El genocidio económico y social del capitalismo contemporáneo (2010). La República Bolivariana de Venezuela le entregó en 2008 el Premio Libertador por su obra Un mundo incierto, un mundo para aprender y enseñar. Dirige la revista CEPA (Centro Estratégico de Pensamiento Alternativo). Es integrante del Consejo Asesor de la Revista Herramienta, en la que ha publicado varios de sus trabajos..

Las siete bases militares adicionales de Estados Unidos en Colombia elevarán su total planetario a 872, lo cual no tiene equivalente con ninguna potencia pasada o presente: ¡Estados Unidos invadió literalmente al Mundo!
Alfredo Jalife-Rahme, *La Jornada*, 10/8/2009

En este ensayo se esbozan los aspectos centrales que pueden ayudar a comprender la importancia geopolítica del territorio colombiano en la guerra mundial por los recursos, el punto de partida indispensable para entender las guerras de agresión contra los pueblos que hoy adelantan las potencias imperialistas, encabezadas por los Estados Unidos. En este texto se consideran cuatro cuestiones: en primer lugar, se indica cuales son las características de la guerra mundial por los recursos y su influencia directa en América Latina; en segundo lugar, se subrayan los aspectos medulares de la estrategia contrainsurgente de los Estados Unidos en el continente latinoamericano; en tercer lugar, se considera la importancia geoestratégica de las bases militares de Estados Unidos en el mundo y particularmente en nuestros territorios; y en cuarto lugar, se señalan en forma breve los objetivos de Estados Unidos al convertir al territorio colombiano en uno de sus principales centros de operaciones militares.

I. El imperialismo y la guerra mundial por los recursos

El capitalismo de nuestros días requiere materiales y energía más que en cualquier otro momento de su historia, como resultado del aumento del consumo a nivel mundial, a medida

que se extiende la lógica capitalista de producción y derroche, porque la generalización del *american way of life* requiere de un flujo constante de petróleo y materiales, para asegurar la producción de mercancías que satisfagan los deseos hedonistas, artificialmente creados, de cientos de millones de seres humanos en todo el planeta.

Para producir automóviles, aviones, tanques de guerra, computadores, celulares, neveras, televisores y miles de mercancías se precisa de una cantidad ingente de metales y otros recursos minerales. Entre estos se incluyen los metales corrientes y conocidos, así como los metales raros. Hierro, cobre, zinc, plata, cromo, cobalto, berilio, manganeso, litio, molibdeno, platino, titanio, tungsteno, son algunos de los metales más importantes en la producción capitalista de hoy. Un ejemplo ayuda a visualizar la importancia de esos metales: para producir el turborreactor de un avión se usa un 39 % de metales corrientes y el resto consta de titanio (35 %), cromo (13 %), cobalto (11%), niobio (1%) y tántalo (1%)[1].

Para mantener el nivel de producción y consumo del capitalismo se requiere asegurar fuentes de abastecimiento de recursos materiales y energéticos, los cuales se encuentran concentrados en unas pocas zonas del planeta, y no precisamente en los Estados Unidos, Japón o la Unión Europea, que tienen déficits estructurales tanto en petróleo como en minerales estratégicos. En términos de minerales, algunos datos ilustran la dependencia externa de los Estados Unidos: "Entre el 100 y el 90 % del manganeso, cromo y cobalto, 75 % del estaño, y 61 % del cobre, níquel y zinc que consumen, 35 % de hierro y entre 16 y 12 % de la bauxita y plomo que requieren. Europa depende en un 99 a 85 % de la importación de estos minerales, con excepción del zinc, del que depende en un 74 % de importaciones del extranjero". Lo significativo estriba en que en conjunto América Latina y el Caribe suministran a los Estados Unidos el 66 % de aluminio, el 40 % del cobre, el 50 % del níquel (Diez Canseco, 2007).

1. La importancia estratégica de América Latina

En el escenario de esa guerra mundial por los recursos, América Latina es uno de los principales campos de batalla, porque suministra el 25 % de todos los recursos naturales y energéticos que necesitan los Estados Unidos. Además, los pueblos de la América Latina y caribeña habitan un territorio en el que se encuentra el 25 % de los bosques y el 40 % de la biodiversidad del globo. Casi un tercio de las reservas mundiales de cobre, bauxita y plata son parte de sus riquezas, y guarda en sus entrañas el 27 % del carbón, el 24 % del petróleo, el 8 % del gas y el 5 % del uranio. Y sus cuencas acuíferas contienen el 35 % de la potencia hidroenergética mundial.

En estos momentos ha vuelto a cobrar importancia el esquema colonial de división internacional del trabajo, que se basa en la explotación minera, de tipo intensivo y depredador, de los países de América Latina. Esto ha implicado que compañías multinacionales provenientes de Canadá, Europa, China, se hayan apoderado, como en los viejos tiempos de la colonia, de grandes porciones territoriales del continente, donde se encuentran yacimientos minerales. La búsqueda insaciable de minerales metálicos y no metálicos ha llevado a que en estos países se implanten multinacionales extractivas, lo que ha generado un *boom* coyuntural que ha elevado los precios de esos minerales.

Incluso, se están explotando minerales que no tienen mucha utilidad práctica en términos productivos, como el oro, en torno al cual se ha desatado también otro *boom* inesperado. Esto está relacionado con la inestabilidad del dólar y la búsqueda de sucedáneos seguros, y qué mejor que el oro, aunque su explotación tenga consecuencias funestas para los países de América Latina, que lo poseen en las entrañas de sus cordilleras o de sus ríos.

En ese contexto geopolítico, Colombia desempeña un papel crucial: por su privilegiada ubicación espacial, situada entre el sur y el centro de América; por ser el único país sudamericano que tiene costas en dos océanos; por su extraordinaria biodiversidad y fuentes de agua dulce; por sus riquezas forestales y minerales, aunque estas últimas no sean tan abundantes y variadas como las de Perú; porque en ese territorio se pueden implantar sistemas aéreos y satelitales de control militar para vigilar y agredir a cualquier país de la

región. Además, las clases dominantes de Colombia han mostrado históricamente su condición de cipayos baratos del imperialismo estadounidense y, para completar, en territorio colombiano se libra una guerra desde hace más de medio siglo, como expresión de una permanente rebelión campesina contra el poder de gamonales y terratenientes. Estas razones explican por qué en las actuales circunstancias Colombia es tan importante para los Estados Unidos.

2. América Latina en la doctrina militar del Pentágono

Cuando se habla de la importancia geopolítica y geoeconómica de Sudamérica, no hay que perder de vista que el imperialismo estadounidense está pensando en términos mundiales al considerar las reservas de recursos naturales y energéticos. Así, en el 2003, el llamado Informe Cheney, o Política Nacional de Energía (NEP), postuló la obligatoriedad de dominar las fuentes más importantes de petróleo en todo el mundo y recalcó como prelación estratégica el control del petróleo que se encuentra fuera del Golfo Pérsico, en particular en tres zonas: la región andina (Colombia y Venezuela, en especial), la costa occidental del continente africano (Angola, Guinea Ecuatorial, Malí y Nigeria) y la cuenca del Mar Caspio (Azerbaiján y Kazajistán).

En la actualidad, cuando Estados Unidos libra lo que denomina la “guerra contra el terrorismo”, un eufemismo para ocultar la guerra mundial por los recursos, existe una integración plena entre la política contrainsurgente y la protección del petróleo, como sucede de manera concreta en Colombia. En 2002, el Departamento de Estado había dicho al respecto:

La pérdida de ganancias, debido a ataques guerrilleros, obstaculiza seriamente al gobierno de Colombia en la satisfacción de las necesidades sociales, políticas y de seguridad nacionales”. Por ello, determinó apoyar la seguridad de los oleoductos, principalmente el de Caño Limón-Coveñas y para eso Estados Unidos “fortalecerá al gobierno de Colombia en su capacidad para proteger una parte vital de su infraestructura energética” (Klare, 2004).

El analista Michael Klare decía en forma premonitoria en el 2004 al comentar el involucramiento petrolero militar de Estados Unidos en Colombia:

Se supone que los instructores estadounidenses asignados a esta misión se atienen a su papel de entrenamiento y apoyo. Pero hay indicios de que el personal militar estadounidense ha acompañado a las tropas colombianas en operaciones de combate contra las guerrillas. El entrenamiento ocurre “durante misiones militares y de inteligencia reales”, reveló el US News and World Report en febrero de 2003. Lentamente, *Estados Unidos se convierte en parte de la principal campaña contrainsurgente en Colombia, con todos los signos de una guerra prolongada* (ibíd.).

En ese mismo sentido, el Plan Cheney enfatizaba la importancia del petróleo de América Latina, puesto que Venezuela es el tercer proveedor Mundial, México el cuarto y Colombia el séptimo, recomendando incluso la ampliación del suministro de México y Venezuela (Klare, 2013).

Las declaraciones de políticos, militares y empresarios de los Estados Unidos sirven para sopesar la magnitud de la guerra por el control de los recursos. Sólo a manera de ilustración, Ralph Peters, mayor retirado del ejército de los Estados Unidos, afirmó en *Armed Forces Journal*, (una revista mensual para oficiales y dirigentes de la comunidad militar de EE.UU.) en agosto de 2006:

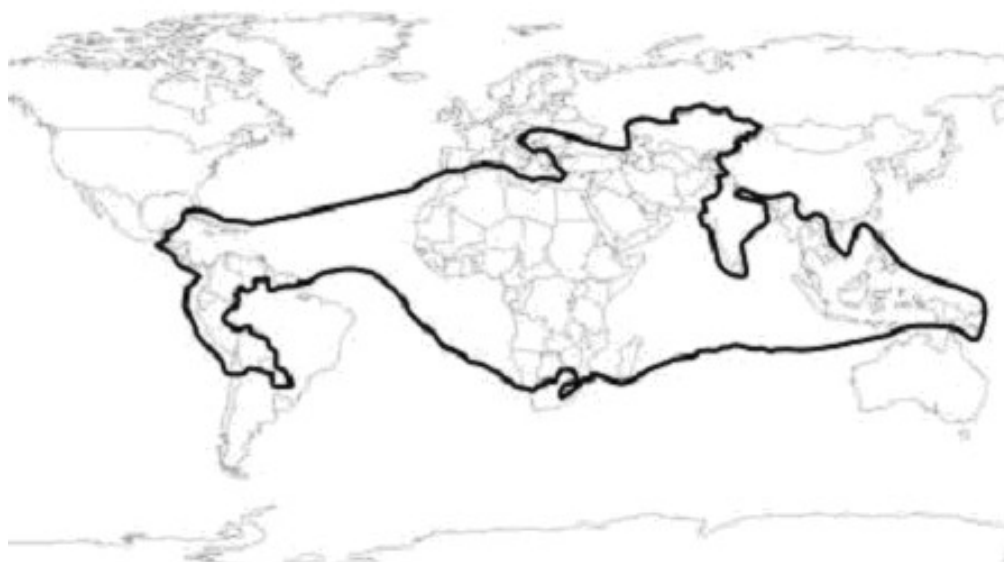
No habrá paz. En cualquier momento dado durante el resto de nuestras vidas, habrá

múltiples conflictos en formas mutantes en todo el globo. Los conflictos violentos dominarán los titulares, pero las luchas culturales y económicas serán más constantes y, en última instancia, más decisivas. *El rol de facto de las fuerzas armadas de USA será mantener la seguridad del mundo para nuestra economía y que se mantenga abierta a nuestro ataque cultural. Con esos objetivos, mataremos una cantidad considerable de gente* (Mosaddeq Ahmed, 2006).

3. El puño de hierro militar para imponer el neoliberalismo y la globalización

Estados Unidos, como potencia hegemónica a nivel mundial, aprovechó su triunfo en la Guerra Fría para reforzar su poder militar, valiéndose de los desarrollos científicos y tecnológicos, con el fin de aterrorizar y aplastar a sus eventuales adversarios en el caso de que se desencadenara una guerra formal o surgieran posibles competidores. Esto quedó plasmado en un documento de 1992, titulado "Guía para la Planificación de Defensa", en el cual se indicaba como prioridad que "Estados Unidos debía impedir la competencia de quienes aspiren a jugar un papel preponderante en el ámbito regional o global" y contemplaba incluso el uso de armas nucleares, biológicas y químicas de manera preventiva, "aún en conflictos en los que los intereses estadounidenses no estén directamente amenazados" (García Cuñarro, s/a).

Los estrategas del imperialismo estadounidense implementaron una visión del mundo que se basa en determinar si los países son o no obedientes a los dictados de Washington y a su proyecto de dominación mundial, presentado en público con el nombre de globalización. Uno de estos estrategas, Thomas Barnett, diseñó el *Nuevo Mapa del Pentágono*, en el cual se divide al mundo en tres regiones, aunque de ellas en verdad importen dos. Por una parte está el centro, conformado por los países capitalistas desarrollados, con Estados fuertes; luego están los países eslabón, que se constituyen en zonas de amortiguamiento y de disciplinamiento del tercer grupo, los países "brecha", donde se encuentran los *Estados fallidos* y las zonas de peligro para el nuevo orden mundial y sobre los cuales se debe desplegar una labor de vigilancia y control por parte de los Estados Unidos, con el fin de consolidar un sistema verdaderamente globalizado, incondicional y proclive a la dominación y explotación abanderadas por Washington y sus compañías multinacionales (cf. Ceceña, 2004). Dicho de otra forma, el mundo está dividido en dos bandos: un sector crítico, conformado por *Estados fallidos* que amenazan la seguridad internacional a la que se denomina la "brecha no integrada", la cual está conformada por países de Centro América y el Caribe, la región andina de Sudamérica, que se extiende por casi todo África (menos Sudáfrica), Europa oriental, el Medio Oriente (excluyendo a Israel), Asia Central, Indochina, Indonesia y Filipinas; la otra zona, formada por lo que se denomina el "núcleo operante de la globalización", del que forman parte Estados Unidos, Canadá, Chile, Europa Occidental, China, Japón, India, Australia. Los territorios no enganchados se convierten en un peligro, deben ser sujetos por los primeros, y ponen en cuestión la seguridad del Occidente. Por ello, tienen que ser integrados a la fuerza, porque "si un país pierde ante la globalización o si rechaza buena parte de los beneficios que esta ofrece, existe una probabilidad considerablemente alta de que en algún momento los Estados Unidos enviarán sus tropas a intervenir en este país" (Schmitt, 2009).



La "brecha" crítica del "Nuevo Mapa del Pentágono"

Llama la atención que esta gran zona de conflictos y turbulencias corresponda a los lugares donde se encuentran las mayores reservas de recursos materiales y energéticos. La intervención de Estados Unidos en esta gran zona del mundo se hace a nombre de mantener la gobernabilidad, con lo cual se oculta el interés estratégico de asegurarse el dominio de esos recursos naturales, imprescindibles para el funcionamiento del capitalismo, así como el mantenimiento de la explotación de importantes contingentes de fuerza de trabajo, a bajo costo o en términos casi gratuitos: una condición indispensable para el mantenimiento y la reproducción del capitalismo a escala mundial. Adicionalmente, esos territorios no solamente se deben dominar por sus recursos, sino también porque allí también existen movimientos de resistencia y rebelión, donde se esbozan otras propuestas alternativas al capitalismo, que en el "nuevo orden mundial" no se pueden tolerar (cf. Ceceña, 2004).

Este mapa, que es crucial para entender lo que ha pasado en el mundo en las dos últimas décadas, no puede considerarse como algo fijo e inmutable. Por el contrario, es dinámico en concordancia con las modificaciones presentadas en la periferia, en la medida en que en uno u otro país desaparecen los Estados fallidos y canallas, no porque se hayan superado las condiciones de pobreza y desigualdad —algo que le tiene sin cuidado a los Estados Unidos—, sino porque se han realizado los "milagros" del neoliberalismo y la globalización, y se han integrado perfectamente al mercado capitalista mundial. En algunos casos de nuestra América, en pocos años puede observarse que algún país ingresa en este amplio círculo de inestabilidad, como hoy le ocurre a México, que ya está siendo presentado como un Estado fallido, o también acontece, en sentido inverso, que un territorio considerado ingobernable, como Colombia, hoy es mostrado como ejemplo de "avance democrático" y consolidación de una "economía próspera", y por ello ha llegado la inversión extranjera, aprovechando las bondades de la seguridad que se le brinda al capitalismo.

II. Estados Unidos y la guerra irregular en Nuestra América

Estados Unidos, como un imperialismo en crisis, apuesta a la guerra como una forma de mantener su debilitada hegemonía. Esa guerra combina las acciones bélicas convencionales, como se ha mostrado en Iraq y Afganistán, con el combate irregular, sobre todo en aquellos lugares donde su objetivo es derribar a los que concibe como enemigos de su seguridad nacional, porque impulsan proyectos independientes y porque poseen recursos estratégicos que necesita con urgencia para mantener su despilfarrador modo de vida. Por eso, en el

presupuesto del Pentágono para el 2010 se impulsa la guerra irregular, y se señala que se deben seguir apoyando, lo que no es nuevo en el caso de Estados Unidos, el “contraterrorismo, las tácticas de guerra no convencional, la defensa interna en países extranjeros, la contrainsurgencia y las operaciones de estabilidad” y por lo mismo el Pentágono debe “institucionalizar las capacidades necesarias para conducir la Guerra Irregular... desarrollar nuevas capacidades para enfrentar el rango de desafíos irregulares” (Golinger, 2010).

Se anuncia la continuación de la guerra sin fin “contra el terrorismo” como un enfrentamiento más prolongado que el de la Guerra Fría, pues sus principales ideólogos han sostenido que la guerra actual se extenderá por lo menos durante un siglo (cf. Dieterich, 2003: 127ss.). En estas circunstancias, el de ahora es un conflicto persistente de largo plazo y de carácter total, que involucra a las poblaciones de los diversos países que se incluyen en el enfrentamiento. El manual sostiene que las operaciones en esta guerra son de “espectro completo”, en las que se incluyen acciones ofensivas, defensivas y de naturaleza militar y civil, todas de manera simultánea. Por ello, se recalca la importancia de las operaciones psicológicas, en las cuales sobresalen la propaganda y la desinformación, al mismo tiempo que las tareas cívicas deben ser desempeñadas, junto con las acciones militares, por el ejército de los Estados Unidos. En concordancia, se plantea que en los conflictos está incluida de manera forzosa la población civil (cit. en Golinger, 2010).

En la práctica, es el reconocimiento de que la doctrina militar imperante en las fuerzas armadas de los Estados Unidos es la de la cuarta generación, porque ya no existen campos de batalla claramente definidos, ni combatientes, ni armas convencionales, porque finalmente “todos somos guerreros y guerreras en una guerra sin fin y sin fronteras”, como dice Eva Golinger.

1. Estrategia militar de los Estados Unidos en América Latina

El despliegue de la IV Flota, el establecimiento de bases militares en varios países, la intervención en Haití en enero de 2010, el despliegue de la guerra de cuarta generación en varios países de la región forman parte de una estrategia global del imperialismo estadounidense con la intención de retomar el dominio pleno de los territorios del Caribe y de toda nuestra América. Eso aparece claro en el informe del Comando Sur de los Estados Unidos (USSOUTHCOM, por su sigla en inglés) titulado La “Estrategia del Comando Sur de los Estados Unidos 2018 Amistad y Cooperación por las Américas”, en el que se revela la estrategia de este país para toda América Latina y el Caribe.^[2] El Comando Sur es el organismo militar encargado de toda América Latina, desde el sur de México hasta la Patagonia, incluyendo el Caribe. Su sede está en Miami y cuenta con un personal permanente de 1200 efectivos militares y funcionarios civiles (cf. Chiani, 2009). En este documento se enuncian como objetivos prioritarios asegurar la defensa de los Estados Unidos, fomentar la estabilidad del continente e impulsar su prosperidad. Para que eso sea posible, hay que enfrentar las amenazas y desafíos, entre los que menciona la pobreza, la inequidad social, la corrupción, el terrorismo, el tráfico de drogas, la criminalidad y los desastres naturales, todos los cuales, desde luego, plantea combatir con el fin de alcanzar “los objetivos estratégicos de los Estados Unidos” (ibíd.).

El Comando Sur está presente en la mayor parte de América Latina, a través de las bases militares y de acuerdos con diversos gobiernos de la región que les permiten participar en maniobras conjuntas y en otras actividades de patrullaje, entrenamiento y ejercicios navales, aéreos y terrestres con los ejércitos que participan en esos acuerdos con el imperialismo estadounidense. Esto lo menciona sin titubeos este documento del Comando Sur: “la misión más importante que tenemos es proteger nuestra patria. Garantizamos la defensa avanzada de los Estados Unidos al defender los accesos del sur. Debemos mantener nuestra capacidad de operar en los espacios, aguas internacionales, aire y ciberespacio comunes mundiales y desde ellos”.

En este documento se expresan con claridad los verdaderos objetivos estratégicos del imperialismo estadounidense, obviamente encubiertos con la retórica típica del libre mercado y la seguridad, como cuando se señala que “mientras se lleven a cabo operaciones militares y haya cooperación de seguridad con los países de la región, se logrará una organización líder que constituya la defensa avanzada de los Estados Unidos”. Esta puede considerarse como una declaración similar a la del *Destino Manifiesto* del siglo XIX, con la cual Estados Unidos reclamaba para sí el dominio de todo el territorio que se encuentra al sur del Río Bravo.

2. Plan Colombia

El acuerdo militar firmado en octubre de 2009 entre el gobierno colombiano y los Estados Unidos fue la continuación del mal llamado Plan Colombia, que se inició hace un poco más de una década. Este fue escrito originalmente en inglés en los Estados Unidos y luego se dio a conocer en Colombia. Fue presentado como un acuerdo encaminado a luchar contra el narcotráfico, puesto que desde hace varias décadas Colombia es el primer productor mundial de cocaína y produce en menor escala marihuana y amapola, a partir de la cual se fabrica la heroína. Este plan fue concebido desde un principio con un doble propósito estratégico: como un proyecto contrainsurgente encaminado a fortalecer el aparato bélico del Estado colombiano, el cual había recibido duros golpes militares de la guerrilla; y controlar la región amazónica, una zona geopolítica esencial para los Estados Unidos. Tanto el gobierno colombiano como el de Estados Unidos reafirmaron de manera reiterada que el Plan Colombia era un proyecto para luchar de manera exclusiva contra la producción de narcóticos, pero era evidente, como se ha demostrado después, que su finalidad era contrainsurgente y para eso se necesitaba financiar y rearmar al Ejército. En ese contexto, mientras el gobierno de Andrés Pastrana desarrollaba unos diálogos de paz con las FARC, Estados Unidos financiaba y reorganizaba a las Fuerzas Armadas mediante el Plan Colombia.

El gobierno de los Estados Unidos se presentaba con ese plan como un adalid de la lucha contra los narcóticos en las zonas de producción, pero sin enfrentar el problema del consumo doméstico, privilegiando la militarización de Colombia como forma de combatir la generación de cocaína, fórmula compartida por la oligarquía de este país. Para ello nada mejor que poner en práctica una política de tierra arrasada en las regiones productoras de hoja de coca, mediante la realización de costosas e infructuosas fumigaciones aéreas, que han devastado miles de hectáreas de pequeños campesinos en diversas regiones del país, en especial en las zonas selváticas del Sur, lo que también ha afectado a países fronterizos, como Ecuador. Pese a eso, la lucha contra las “drogas ilícitas” solo era un pretexto para afianzar la presencia directa de Estados Unidos en la región andino-amazónica, como ha quedado suficientemente claro en los últimos años.

Hoy puede apreciarse con claridad que uno de los objetivos del plan Colombia era el de fortalecer la capacidad bélica del Estado colombiano, no solo para enfrentar al movimiento insurgente, sino también para contar con uno de los ejércitos mejor armados del continente, como lo es en la actualidad. Eso se puede mostrar con unos pocos datos, de por sí muy reveladores: entre 1998 y 2008, unos 72.000 militares y policías de Colombia fueron adiestrados por personal de los Estados Unidos, lo que hace que Colombia sea el segundo país del mundo, después de Corea del Sur, en recibir este tipo de entrenamiento; a fines de la primera década del siglo XXI, se encontraban operando en territorio colombiano 1.400 militares y contratistas (un eufemismo de mercenarios) de los Estados Unidos, cuando a comienzos del Plan Colombia se había dicho que solamente iban a operar unos 400; la Embajada de los Estados Unidos ha crecido de tal manera en cantidad de personal administrativo, militar y de espionaje que es la quinta más grande del mundo; el Plan Colombia ha costado, hasta 2008, 66.126 millones de dólares, incluyendo el aporte de Estados Unidos y el dinero dado por el gobierno de Colombia (cf. Otero Prada, 2010: 129ss.).



Bases militares de Estados Unidos en Colombia según el acuerdo de 2009

Esa fue la primera fase, el Plan Colombia propiamente dicho. La segunda fase consistió en llevar la guerra interna de Colombia más allá de sus fronteras para involucrar a los países vecinos, como en efecto ha sucedido. Y la tercera fase es la de la *guerra preventiva*, la típica doctrina nazi-estadounidense posterior al 11 de septiembre, que se ha puesto en práctica en los últimos años, y cuyo hecho más resonante fue el ataque alevé y criminal en el Ecuador en marzo de 2008 por parte de Fuerzas Armadas de Colombia.

Algunas cifras ayudan a sopesar la magnitud de la transformación militar que ha significado el Plan Colombia: el gasto militar de Colombia representa el 6,5 del PIB, una de las cifras más altas del mundo, mientras el de los países de Sudamérica oscila entre el 1,5 % y el 2 %; las Fuerzas Armadas de Colombia son las que más han crecido en el continente, y quizá en el mundo, en la última década, pues hoy ya tienen cerca de medio millón de efectivos, contando todos los contingentes de aire, mar y tierra, así como la policía, que en Colombia es un cuerpo armado y depende directamente del Ministerio de Defensa; en el 2008, el ejército de tierra tenía 210.000 miembros, mientras que el de Brasil contaba con 190.000, el de Francia con 137.000, el de Israel con 125.000; la relación de efectivos del ejército colombiano está en proporción de seis a uno con Venezuela y de once a uno con Ecuador (cf. Isaza Delgado/Campos Romero, 2008: 3 ss.; Calle, 2008; Zibechi, 2008).

Como contraprestación a esta “ayuda militar” de los Estados Unidos, estimada en 5.525 millones de dólares entre 2001 y 2008 –que convierte a Colombia el tercer país del mundo en recibir asistencia militar de los Estados Unidos, después de Israel y Egipto–, el Estado colombiano ha respaldado cuanta aventura bélica o agresión realiza el imperialismo estadounidense: fue el único de América del Sur que apoyó abiertamente la criminal guerra y ocupación de Iraq, llegando hasta el extremo de felicitar a George Bush por su “éxito” y solicitar que, tras el proclamado fin de la guerra en mayo de 2003, fueran enviados los bombarderos yanquis a Colombia a combatir a las organizaciones guerrilleras; de este país

han salido contingentes militares para participar como miembros de las tropas de ocupación en Afganistán, o como mercenarios privados en Iraq; el régimen de Uribe apoyó el golpe de Estado en Honduras (junio del 2009) y fue el primer presidente en visitar al ilegítimo Porfirio Lobo, quien sustituyó al gobierno *de facto*. Más recientemente, el régimen de Juan Manuel Santos ha sido el único de Sudamérica en negarse a apoyar el reconocimiento del Estado Palestino y respaldar en la práctica al sionismo genocida, con el pueril argumento de que solo apoyaría la creación de dicho Estado cuando se reanuden los diálogos entre Israel y la autoridad Palestina.

En conclusión, “el Plan Colombia, y sus otros anexos, es el mayor proyecto geoestratégico que se haya trazado para recolonizar América Latina” y la militarización ha sido “el mecanismo prioritario de Estados Unidos para ejercer su dominio económico y geopolítico” (Calloni, 2009).

III. Las bases militares de los Estados Unidos: los eslabones de una red mundial de terror

Estados Unidos tiene regadas bases militares por los cinco continentes. Con exactitud no se conoce la cantidad de bases que posee, aunque según un inventario oficial elaborado por el Pentágono, en el 2008 Estados Unidos tenía 865 bases en 46 países, en los cuales desplegaba unos 200 mil soldados. Sin embargo, algunos de los que han estudiado con detalle el asunto sostienen que el número total de bases es de unas 1.250, distribuidas en más de 100 países del mundo. La dificultad para precisar su número estriba en que en las cifras oficiales no se consideran las bases que se han instalado en Afganistán e Iraq, territorios actualmente invadidos por los Estados Unidos.

En América Latina, Estados Unidos cuenta en estos momentos con un total de 27 bases oficialmente reconocidas, incluyendo a las colombianas, y a las cuales deben agregarse otras que nunca se mencionan, pero que en la práctica operan, como tres que hay en el Perú. Esas bases son las siguientes: en América Central, se encuentran la base de Comalapa en el Salvador, la de Soto-Cano (o Palmerola) en Honduras, desde donde se planeó el golpe contra el presidente Zelalla, en Costa Rica está la base de Liberia, que dejó de funcionar un tiempo pero que volvió a operar recientemente. En América del Sur operan en Perú tres bases de las que poco se habla; en Paraguay está la base militar Mariscal Estigarribia, localizada en el Chaco, con capacidad para alojar a 20 mil soldados y se encuentra situada en un lugar estratégico, cerca de la triple frontera y al acuífero Guaraní, la reserva de agua dulce más grande del mundo; en el Caribe, existen bases en Cuba, la de Guantánamo, usada como centro de tortura; en Aruba, la base militar Reina Beatriz y en Curaçao la de Hatos. A este listado deben agregarse las 7 bases reconocidas en Colombia, cifra que es mayor, y las que se instalaran en Panamá (cf. Modak, 2009).

¿Cómo podría definirse una base militar? De manera simple puede decirse que es un lugar en donde un ejército entrena, prepara y almacena sus maquinarias de guerra. Se puede hablar, según sus funciones específicas, de cuatro tipos de bases militares: aéreas, terrestres, navales y de comunicación y vigilancia. Como el imperialismo estadounidense ve a la superficie terrestre como un inmenso campo de batalla,

las bases o instalaciones militares de diversa naturaleza están repartidas en una rejilla de mando dividida en cinco unidades espaciales y cuatro unidades especiales (Comandos Combatientes Unificados). Cada unidad está situada bajo el mando de un general. La superficie terrestre está entonces considerada como un vasto campo de batalla que puede ser patrullado o vigilado constantemente a partir de estas bases (Dufour, 2007).

Chalmers Johnson señaló que, durante el gobierno de Bush, se diseñó la estrategia de actuar contra los “Estados Canalla”, que forman un arco de inestabilidad mundial que va

desde la zona andina (Colombia, Venezuela, Ecuador, Bolivia), atraviesa el norte de África, pasando por el oriente próximo hasta llegar a Filipinas e Indonesia. Este arco de inestabilidad coincide con lo que se denomina el “anillo del petróleo”, que se encuentra en gran medida en lo que antes se conocía como Tercer Mundo. Según Johnson, “el militarismo y el imperialismo son hermanos siameses unidos por la cadera... Cada uno se desarrolla con el otro. En otro tiempo, se podía trazar la extensión del imperio contando las colonias. La versión estadounidense de las colonias son las bases militares...” (Johnson, 2004).



Comandos militares de Estados Unidos en el mundo

El establecimiento de bases militares en todo el mundo, en zonas vitales desde el punto de vista económico y político, demuestra que se han ampliado las estrategias, porque ya no se trata solamente de las clásicas intervenciones que operan desde afuera para derrocar a un régimen considerado enemigo por parte de los Estados Unidos, como ha sucedido en Iraq y Afganistán. Ahora se trata de tomar posesión del territorio de un país de manera directa para contar con una fuerza militar activa que funciona en forma autónoma y con una gran capacidad operativa y en el ramo de la inteligencia. Para hacerlo posible, Estados Unidos usa sofisticada tecnología y despliega una impresionante capacidad de hacer daño a países y a territorios localizados en cualquier lugar del planeta (cf. Ruiz Tirado, 2009).

La difusión de los intereses económicos y financieros del imperialismo hasta el último rincón del planeta requiere de un respaldo militar, que se expresa en poder de fuego y en movilidad. Poder de fuego para doblegar brutalmente a sus oponentes, como Estados Unidos lo viene haciendo desde la invasión a Panamá en diciembre de 1989, y a la que han seguido las apocalípticas guerras en el Golfo Pérsico, en la antigua Yugoslavia, en Afganistán. No es casual el mismo nombre que se le ha dado a algunas de esas campañas (Conmoción y Pavor, Tormenta del Desierto) y que los voceros más cínicos de los Estados Unidos hayan dicho que cada una de esas guerras tenía la finalidad de hacer regresar a los países agredidos a la edad de piedra. Movilidad para poderse desplazar de manera rápida de las bases militares hacia los teatros de guerra, o en otros términos, desplegar la potencia militar sin restricciones en cualquier lugar de la tierra.

En este sentido, Estados Unidos dispone en la actualidad del más sofisticado y terrorífico poderío militar que se ha erigido en la historia de la humanidad, que se despliega por mar, aire y tierra. Tiene barcos de guerra, portaaviones y submarinos en todos los océanos del mundo, desde donde despegan cientos de aviones para bombardear objetivos situados a cientos e incluso miles de kilómetros de distancia. Para que todo esto sea posible es

indispensable contar con una red mundial de bases militares, distribuida en todos los continentes. Esas bases se encuentran desplegadas en zonas en las que hay ejes de transporte rápido, en donde se recoge información mundial, para espiar y vigilar a sus adversarios. Esto permite disponer de una red comunicacional interconectada con aviones, ferrocarriles, carros de combate, barcos, submarinos, que cuentan con una infraestructura física vital para su funcionamiento, mediante el control de aeropuertos, puertos fluviales y marítimos, carreteras, autopistas y centrales de telecomunicaciones.

De una importancia similar a las bases militares son los portaaviones, desde donde se realizan intervenciones rápidas. Estados Unidos cuenta en la actualidad con 12 portaaviones desplegados por todos los mares del mundo. En torno a cada portaviones se constituye un grupo, esto es, una flota en la que van buques y submarinos, que lo protegen de eventuales ataques aéreos y submarinos: “Los portaviones forman la base de una enorme capacidad ofensiva aérea sin equivalente. Cada portaviones transporta 50 aviones capaces de llevar a cabo entre 90 y 170 ataques al día en función de la misión. Cada grupo contiene también 2 cruceros lanza misiles. Para tener capacidad de ataque terrestre, estos grupos son completados con tropas y vehículos anfibios” (McEjércitos, 2007).

En estas condiciones, la importancia militar de las bases instaladas en Colombia –de hecho, todo su territorio– está relacionada con la estrategia de movilidad de las fuerzas armadas de los Estados Unidos en el centro, el sur de América y en el Caribe. De manera un poco más precisa, el imperialismo estadounidense ha propuesto cuatro modelos de posicionamiento militar en nuestro continente: *bases de gran tamaño*, tipo Guantánamo, en donde hay instalaciones militares completas, ocupadas en forma permanente por efectivos militares y sus familias; *bases de tamaño medio*, como la de Palmerola, que cuenta con amplias instalaciones que están ocupadas por un personal que se renueva cada semestre; *bases pequeñas*, bautizadas con el eufemismo de Cooperative Security Locations (CSL), “localidades de seguridad cooperativa”, como las de Curaçao o Comalapa, en donde hay poco personal, pero tienen una importante capacidad operativa en materia de telecomunicaciones y de información, la cual es transmitida a territorio de los Estados Unidos; las *bases micro*, son sitios de tránsito que se usan para permitir el avituallamiento de los aviones, los que luego despegan hacia sus objetivos, como ejemplo de lo cual puede mencionarse la base de Iquitos, en el Perú (cf. Herren, 2009).

3. Colombia, un portaaviones terrestre de los Estados Unidos

Colombia pasó a convertirse oficialmente en un portaviones terrestre de los Estados Unidos en octubre de 2009, cuando se firmó un “acuerdo” entre los dos países, mediante el cual se establecieron 7 bases militares en el territorio. Aunque, meses después, tribunales colombianos hayan declarado la nulidad del tratado, en la práctica este ha seguido operando como si nada hubiera pasado. Por ello, es necesario recordar los elementos básicos de ese tratado, para sopesar el papel que desempeña el Estado colombiano como servidor incondicional del imperialismo estadounidense.

En ese ignominioso “acuerdo”, Colombia le concede a Estados Unidos siete bases, distribuidas a lo largo y ancho de la geografía de Colombia, junto con otras prerrogativas que convierten a este país en un protectorado yanqui. En la práctica, hemos regresado a formas de sujeción cuasi coloniales, propias de un distante pasado, tan lejano como el que se quiso superar con las guerras de la independencia hace dos siglos.[3]

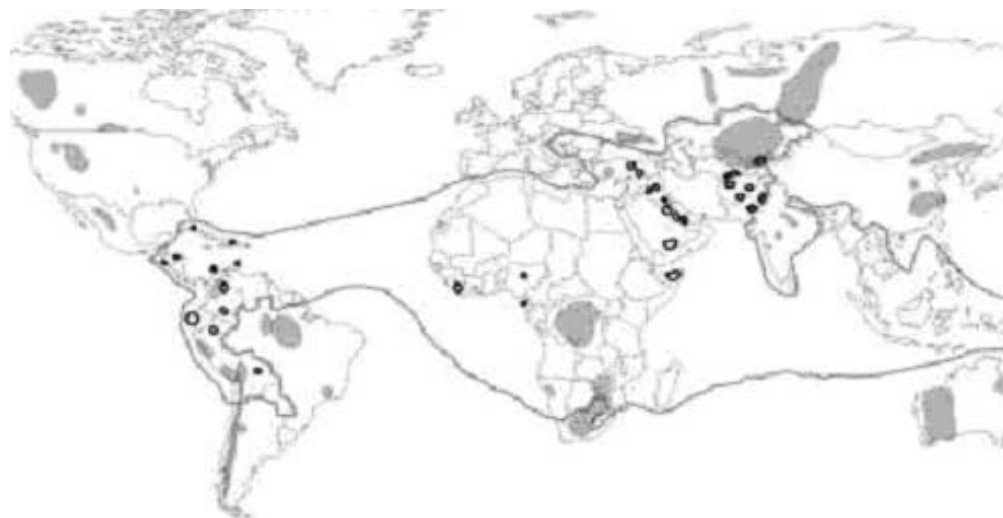
En el artículo III se detalla el alcance real de la ignominiosa entrega cuando se señala que las partes

acuerdan profundizar su cooperación en áreas tales como interoperabilidad, procedimientos conjuntos, logística y equipo, entrenamiento e instrucción, intercambio de inteligencia, capacidades de vigilancia y reconocimiento, ejercicios combinados, y

otras actividades acordadas mutuamente, y para enfrentar amenazas comunes a la paz, la estabilidad, la libertad y la democracia.

Así mismo, "se comprometen a fortalecer y apoyar iniciativas de cooperación regionales y globales para el cumplimiento de los fines del presente Acuerdo". Es necesario subrayar que está incluido prácticamente todo con esa afirmación tan etérea de "otras actividades acordadas mutuamente", entre las cuales podían incluirse acciones como las de bombardear otro país, como le sucedió a Ecuador el primero de marzo de 2008, lo cual se reafirma con aquello de "fortalecer y apoyar iniciativas de cooperación regionales", entre las que pueden involucrarse todos los hechos ilegales que se libran en estos momentos desde Colombia contra países.

Desde hace ya varios años, mucho antes del acuerdo formal de 2009, venían operando bases militares de los Estados Unidos en diversos lugares de la geografía colombiana, entre las que cabe recordar las de Tres Esquinas y Larandia en el sur del país. Y eso sin contar con que militares y mercenarios de los Estados Unidos hacia presencia en gran parte de las instalaciones militares del Ejército colombiano, como en las de Tolemaida y Palanquero.



• bases militares de EE.UU

• metales estratégicos

Al observar el mapa, se constata que estas bases se encuentran distribuidas en puntos estratégicos del territorio colombiano, tanto en las dos costas como en zonas selváticas y en pleno centro del país. Dada la velocidad de los aviones militares de los Estados Unidos y el radio de acción de la tecnología satelital empleada para espiar a miles de kilómetros de distancia, puede concluirse, sin mucho esfuerzo, por qué se dice que Colombia se ha convertido en el portaaviones terrestre del imperialismo estadounidense. Esto, por desgracia, no es una figura retórica, sino que es una terrible realidad, máxime si se añade que existen otras instalaciones militares que desde hace tiempo son manejadas por los Estados Unidos, como acontece con la base de Marandua, cerca de la frontera venezolana. Algo similar ocurre con las bases de Tres Esquinas y Larandia, ubicadas en el Departamento de Caquetá, que han sido utilizadas para operaciones aéreas y de inteligencia de las fuerzas armadas de los Estados Unidos y desde donde salen los aviones que fumigan con glifosato las parcelas de indígenas y campesinos en el sur del país.

El pretexto estadounidense de que las bases militares en Colombia no van a ser usadas para agredir, espiar y atacar a otros países de la región, sino que su objetivo es combatir el narcotráfico no resiste la menor prueba empírica, como lo demuestra el Plan Colombia. Este, en apariencia diseñado para combatir el narcotráfico, tras una década de operación y con unos gastos de miles de millones de dólares, no ha logrado disminuir el cultivo de hoja de

coca, sino que la ha expandido y llevado a sitios en donde hace 10 años no se daba. Hoy Colombia cuenta con más de 100 mil hectáreas sembradas de hoja de coca y desde aquí se exportan unas 900 toneladas de cocaína cada año.

En cuanto a la importancia estratégica de estas bases para los Estados Unidos, el mejor ejemplo es el de Palanquero. Esta “base expedicionaria, tiene la capacidad de albergar C-17, aviones de transportes, y para 2025 se prevé que esta base tenga la capacidad de movilizar a 175.000 militares con sus pertrechos en apenas 72 horas” (cit. en Machado, 2009).

Palanquero posee una pista de 3 kilómetros de largo, de la que pueden despegar de manera simultánea tres aviones cada dos minutos; cuenta con hangares para una centena de aviones y puede albergar hasta 2000 militares. El llamado Libro Blanco del año 2009, sin ambigüedades afirma sobre Palanquero:

Recientemente, el Comando Sur (USSOUTHCOM) ha tomado interés en establecer una localidad en el continente suramericano que pudiera utilizarse tanto para las operaciones antidroga como para operaciones de movilidad. En consecuencia, con la ayuda del AMC y el Comando de Transporte, el Comando Sur ha identificado Palanquero, Colombia (base aérea Germán Olano, (SKPQ)) como una localidad de seguridad de cooperación (CSL). A partir de esta localidad cerca de la mitad del continente puede cubrirse con un C17 sin reabastecimiento.

De haber suministro adecuado de combustible en el destino, un C17 puede abarcar todo el continente exceptuando la región de Cabo de Hornos en Chile y Argentina.

Mientras el Comando Sur defina un sólido plan de compromiso de teatro, la estrategia de establecer una localidad de cooperación en Palanquero debería ser suficiente para el alcance de movilidad aérea en el continente suramericano[4].

IV. Algunas razones que explican la implantación de bases de Estados Unidos en Colombia

Para terminar, vale la pena indagar las razones que explican la implantación de bases militares de Estados Unidos en territorio colombiano. Hay por lo menos tres hechos básicos: el interés de Estados Unidos en apoderarse del petróleo de Venezuela y de los recursos naturales de la región Andino-Amazónica; la pretensión de sabotear los intentos de unidad de América Latina, en especial el ALBA; y el interés en impedir la consolidación de procesos nacionalistas en ciertos países de la región. Por supuesto, estos hechos no operan en forma aislada, sino que se encuentran entrelazados, porque uno no se entiende sin el otro. En pocas palabras, no pueden verse de manera separada, puesto que para conseguir uno de ellos se precisa, en el caso de la estrategia de los Estados Unidos, de la consecución de los otros dos. Así, por ejemplo, volver a controlar de manera plena el petróleo de Venezuela requiere revertir la revolución bolivariana, encabezada por Hugo Chávez, y de eso se desprende liquidar los proyectos de integración, como el ALBA.

1. El petróleo de Venezuela y otros recursos naturales de la región

La imposición de las bases en una zona estratégica como Colombia apunta al control, por parte de los Estados Unidos, de importantes recursos naturales que se encuentran en la zona andino-amazónica, empezando por el petróleo. Al respecto sobresale Venezuela, que cuenta con importantes reservas de crudo, que lo ubican entre los primeros productores a nivel mundial. Aunque Venezuela no ha suspendido la venta de petróleo a Estados Unidos, el gobierno de Hugo Chávez ha desempeñado un importante papel en diversos planos, tanto a nivel local como mundial, en el manejo del recurso petrolero a favor de la población venezolana. En ese sentido, se destaca su activo papel en revivir a la OPEP, lo que ha incido en el mejoramiento del precio del barril de petróleo en el mercado mundial, su exigencia a las empresas multinacionales para que paguen mejores regalías y respeten las leyes nacionales

de Venezuela y la venta de petróleo a precios subsidiados a Cuba, Haití y otros países de la región. Estas determinaciones han chocado a Estados Unidos, por el nivel de independencia y soberanía que representan si se les compara con la política de sumisión petrolera de gobiernos como los de México o Colombia.

Además, debe tenerse en cuenta que, en estos momentos de agotamiento del petróleo a nivel mundial, Estados Unidos, el principal consumidor de hidrocarburos, depende en gran medida de los recursos materiales y energéticos que se encuentran fuera de su territorio. Como, al mismo tiempo, no está dispuesto a modificar su nivel de vida, basado en el consumo intensivo de energía fósil, libra en la práctica una guerra mundial por el control de los recursos del mundo. Y en esa guerra no declarada ni reconocida, Venezuela juega un papel de primer orden, por la magnitud de sus reservas. Al respecto, en un estudio reciente del Servicio Geológico de los Estados Unidos, se calcula que la franja del Orinoco tiene unos 513.000 millones de barriles, casi el doble de reservas de petróleo que Arabia Saudita, el primer productor mundial de crudo en la actualidad y hasta ahora poseedor de las que se consideraban las reservas más grandes del mundo, con 266.000 millones de barriles. Resulta significativo que la evaluación de un organismo de los Estados Unidos concluya que en Venezuela se encuentran las reservas más grandes de petróleo del mundo y que, además, sea la mayor estimación que hasta la fecha se ha hecho sobre cualquier lugar del mundo.[5]

Esto pone de relieve la importancia estratégica de Venezuela para los Estados Unidos, como lo vienen manifestando desde hace algún tiempo diversos ideólogos y portavoces del complejo militar-industrial-petrolero de la primera potencia mundial. Las afirmaciones más enfáticas las hizo el senador republicano Paul Coverdale, primer ponente del Plan Colombia, quien aseguró en 1998 que "para controlar a Venezuela es necesario ocupar militarmente a Colombia". En 2000, este mismo personaje reafirmó con más detalles:

Aunque muchos ciudadanos temen otro Vietnam, resulta necesario, porque Venezuela tiene petróleo. Venezuela tiene animadversión por Estados Unidos, *éste debe intervenir en Colombia para dominar a Venezuela. Y puesto, que Ecuador también resulta vital, y los indios de allí son peligrosos, los Estados Unidos, también tienen que intervenir ese país.* [...] Si mi país está librando una guerra civilizadora en el remoto Iraq, seguro estoy que también puede hacerlo en Colombia, y dominarla a ella y a sus vecinos: Venezuela y Ecuador (cit. en Pereyra, 2009).

Esto mismo ha sido ratificado en forma más reciente en un documento redactado por el Comando Sur del Pentágono en el que se indica sin muchos rodeos:

De acuerdo con el Departamento de Energía, tres naciones, Canadá, México y Venezuela, forman parte del grupo de los cuatro principales suministradores de energía a EEUU, los tres localizados *dentro del hemisferio occidental*. De acuerdo con la *Coalition for Affordable and Reliable Energy*, en las próximas dos décadas EEUU requerirá 31 % más producción de petróleo y 62 % más de gas natural, y América Latina se está transformando en un líder mundial energético con sus vastas reservas petroleras y de producción de gas y petróleo (cit. en Saxe-Fernández, 2009).

Por supuesto, no solo está en la mira el petróleo de Venezuela, sino que Estados Unidos también desea controlar y apoderarse de otros recursos naturales que se encuentran en los países de la región andino-amazónica, entre los que pueden mencionarse el gas de Bolivia, el petróleo de Ecuador, el agua, la biodiversidad y los recursos forestales de Colombia y Brasil y todo aquello que sea susceptible de extraerse y mercantilizarse para provecho del imperialismo y sus empresas, como los saberes indígenas de los milenarios habitantes de selvas y bosques de América Central y Sudamérica.

2. Destruir los proyectos de unidad regional

La construcción de una nación que integraría los antiguos territorios del imperio español, como forma de asegurar su prosperidad y enfrentar y resistir las ambiciones expansionistas de diversos imperios, de Europa y de los nacientes Estados Unidos, se constituyó en uno de los sueños más anhelados de los más preclaros líderes de la independencia en nuestro continente. Desde un primer momento, esos intentos de unidad naufragaron por diversas razones, entre ellas la constitución de poderes locales de tipo caudillista y la acción soterrada o abierta de grandes potencias que siempre se han basado en la lógica de “dividir para reinar”. En tiempos recientes, y con un gran empuje del gobierno bolivariano de Venezuela, se ha hecho revivir un proyecto de integración que se ha plasmado en la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), que representa el proyecto de unidad económica, política y cultural más importante de todos los que se han realizado en nuestra América desde los tiempos de la Gran Colombia. Así mismo, en estos momentos también existen otras propuestas de unidad, como la de El Mercado Común del Sur (MERCOSUR), la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) y últimamente la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC).

Como es de suponer, estos procesos de integración, surcados por múltiples dificultades y contradicciones internas, no son muy bien recibidos por Washington y sus socios más arrodillados, como lo demuestra el caso de Honduras, donde se perpetró un golpe contra su presidente constitucional, que tenía entre sus objetivos principales impedir la vinculación efectiva de ese país al ALBA, como lo lograron porque el régimen golpista, formado por servidores incondicionales de Estados Unidos, retiró a Honduras de ese acuerdo meses después. Esto indica, a través del caso de un país cuyos gobernantes siempre han sido incondicionales a los Estados Unidos, que para el imperialismo y sus multinacionales la existencia del ALBA es un trago amargo difícil de digerir y están dispuestos a realizar todo tipo de maniobras para sabotear este proyecto de integración.

En ese propósito de torpedear dicha integración, en la que participan países de la zona andina como Venezuela, Ecuador y Bolivia, el régimen colombiano juega un papel de primer orden, como ya lo ha demostrado fehacientemente. Esto se evidencia con algunos hechos que vale la pena recordar: la atomización de la Comunidad Andina de Naciones (CAN), que obligó a Venezuela a retirarse de este acuerdo, cuando Colombia, junto con Perú, decidieron impulsar Tratados de Libre Comercio con Estados Unidos en 2006, negociando de manera bilateral, sin consultar a los otros miembros, y violando en la práctica los compromisos contraídos con antelación de no entablar acuerdos en forma separada; el bombardeo a territorio ecuatoriano el primer día de marzo de 2008 y la campaña de calumnias e infundios que desde entonces se ha propagado desde las altas esferas del gobierno, del ejército y de la “gran prensa” de Colombia, no solo para justificar ese hecho ilegal y criminal, sino para enlodar a los gobiernos de Ecuador y de Venezuela, además del anuncio reiterado que se volverían a realizar agresiones similares cuando lo consideren necesario; las reiteradas incursiones de grupos paramilitares, procedentes de Colombia, en los territorios de otros países con el fin de causar pánico y aterrorizar a los ciudadanos colombianos que huyeron de nuestro país o de advertir sobre lo que están dispuestos a hacer con los vecinos; el racismo contra la población humilde de Ecuador y Venezuela (indígenas, afrodescendientes y mulatos) que destilan representantes de las clases dominantes de Colombia y que reproducen sus medios de comunicación.

3. Saboteo a los procesos nacionalistas en marcha

La implantación de las bases militares en Colombia también está relacionada de manera directa con la decisión del gobierno de los Estados Unidos, y de sus lacayos de América del Sur, de oponerse a los gobiernos nacionalistas que han surgido en varios países de la región en los últimos años. Sobre el particular, un documento de mayo de 2009 de la Fuerza Aérea

de los Estados Unidos enfatiza la importancia de la base de Palanquero, en el centro de Colombia, al recalcar que

nos da una oportunidad única para las operaciones de espectro completo en una subregión crítica en nuestro hemisferio, donde la seguridad y estabilidad están bajo amenaza constante por las insurgencias terroristas financiadas con el narcotráfico, los *gobiernos antiestadounidenses*, la pobreza endémica y los frecuentes desastres naturales (Blair, s/a).

Se agrega en este mismo documento que la base de Palanquero, por su capacidad, excelente ubicación y buena pista, significa ahorrar costos, y su aislamiento relativo “minimizará el perfil de la presencia militar estadounidense”. Con ello, se mejorará

la capacidad de EEUU para responder rápidamente a una crisis, y asegurar el acceso regional y la presencia estadounidense con un costo mínimo. *Palanquero ayuda con la misión de movilidad porque garantiza el acceso a todo el continente de Suramérica con la excepción de Cabo de Hornos, si el combustible está disponible, y más de la mitad del continente sin tener que reabastecer* (Golinger, 2009).

En cuanto a las cuatro razones mencionadas por las cuales se justifica el establecimiento de la base de Palanquero (lucha contra lo que Estados Unidos denomina “terrorismo” y narcotráfico, gobiernos antiestadounidenses, pobreza y desastres naturales) en muy poco tiempo la ocupación armada de Haití por los Estados Unidos ha saldado cualquier discusión, pues los hechos han venido a mostrar el verdadero alcance del intervencionismo de los Estados Unidos, aunque éste no haya sido hecho desde Palanquero, pero sí indica lo que les espera a los países de la región en un futuro inmediato. En efecto, después del devastador terremoto natural que asoló a la empobrecida isla caribeña, que se sumó al terremoto social y económico provocado por el capitalismo y el imperialismo desde hace décadas, Estados Unidos, en lugar de enviar ayuda sanitaria, alimenticia o económica para socorrer a los millones de damnificados, desembarcó más de 20 mil marines, y se convirtió en una fuerza *de facto* con el pretexto de mantener el orden. En realidad, esa ocupación está relacionada con otras razones de tipo estratégico: convertir a Haití en otro portaviones terrestre para desde allí espiar y preparar agresiones contra los países de la región; asegurarse el control de posibles yacimientos de minerales y de petróleo que pudieran encontrarse en el subsuelo de ese país; evitar la migración masiva hacia los Estados Unidos de los haitianos que tratan de huir de la miseria y la desolación; y, facilitar el establecimiento de maquilas para las multinacionales, aprovechando una fuerza de trabajo casi gratuita. Estas son algunas de las consecuencias que se desprenden de las intervenciones imperialistas que se justifican a partir de lo que los Estados Unidos denominan, en forma eufemística, “desastres naturales”. Por otro lado, en documentos oficiales de diversas instancias del gobierno de los Estados Unidos, que son reproducidos de forma inmediata por las clases dominantes de Colombia y por la prensa del país y del continente, se acusa a los gobiernos de Venezuela, Ecuador y Bolivia de múltiples delitos: entorpecer la lucha contra las drogas, que supuestamente llevaría a cabo Estados Unidos; haberse convertido en refugio de “terroristas” de toda laya, llegando incluso a fabricar mentiras sobre la supuesta presencia de grupos terroristas procedentes del Medio Oriente en la Guajira venezolana o asegurar que en Venezuela se estarían preparando armas nucleares y mil embustes por el estilo; en esos países no se respetaría la libertad de prensa y se habrían convertido en regímenes dictatoriales, que se oponen a la libre empresa y a la propiedad privada. Para citar solo un ejemplo reciente, recordemos que en febrero de 2010 Denis Blair, Director Nacional de Inteligencia de Estados Unidos, señaló en forma irresponsable que el presidente venezolano y sus aliados, y menciona en forma concreta a Cuba, Bolivia, Ecuador y Nicaragua, se opondrán “a toda iniciativa estadounidense en la región, entre ellas, la expansión del libre comercio, el

entrenamiento militar, la cooperación antidrogas y antinarcóticos, iniciativas de seguridad e incluso programas de asistencia". Dicha oposición, según el vocero de los Estados Unidos, se explica porque el presidente Hugo Chávez ha impuesto "un modelo político populista y autoritario en Venezuela que mina las instituciones democráticas" (cf. Blair, s/a).

Todas estas mentiras están inscritas en la llamada *guerra de cuarta generación* que en estos momentos Estados Unidos, vía el gobierno colombiano, libra de manera directa contra Venezuela y Ecuador. En este tipo de guerra, el gobierno de Estados Unidos pretende mantenerse al margen para dar la impresión que no está involucrado, recurriendo a gobiernos títeres, como el de Colombia, para adelantar todas las acciones criminales de sabotaje y desestabilización interna en los países que han adoptado proyectos revolucionarios o nacionalistas. Por eso, no resulta extraño que desde el mismo momento de implantación de esos gobiernos, Estados Unidos esté operando desde Colombia, y con la directa participación de la oligarquía de este país para impedir la consolidación de los procesos revolucionarios en marcha. Desde luego, que esa oligarquía tiene sus propios intereses porque considera como un muy mal ejemplo que se llegaran a fortalecer gobiernos nacionalistas, que pudieran convertirse en un incentivo para los sectores populares de Colombia, y para ello han librado con toda la premeditación y mentira del caso una campaña mediática de infundios y mentiras entre la población pobre, en la que se recurre a las calumnias racistas contra los presidentes de varios países de la región, entre ellos Venezuela, Ecuador y Bolivia.

En este tipo de guerra irregular, no reconocida ni declarada nunca, pero tan mortífera como las guerras convencionales, la oligarquía colombiana se ha valido de todas las armas, que van desde la calumnia y la amenaza pública contra los gobiernos de la región, pasando por su intento, por lo demás risible, de acusar a Hugo Chávez y Rafael Correa como terroristas ante la ONU u otras instancias internacionales, hasta llegar a la organización y financiación de grupos de paramilitares que han incursionado en territorio venezolano y que incluso han participado en acciones criminales en ese país, incluyendo un intento de atentado contra el presidente venezolano en 2005.

Que Estados Unidos sigue pensando en términos de guerra irregular ha quedado demostrado con la publicación de un *Manual de Contrainsurgencia* en 2009. El título podría verse a primera vista como desfasado, puesto que este tipo de manuales eran propios de la época de la Guerra Fría. Pero no hay tal desfase. Ese manual apunta a reforzar la idea que Estados Unidos se tiene que seguir enfrentando a enemigos irregulares, y lo más preocupante para Colombia y América Latina estriba en que a todos los mete en un mismo saco. En efecto, en ese texto se sostiene que no hay diferencias entre narcotráfico, terrorismo y movimientos guerrilleros; afirmación que se sustenta en el hecho de que todas las organizaciones irregulares comparten las mismas tácticas y estrategias y mecanismos de financiación. Este nuevo rostro que la contrainsurgencia tiene un terrible impacto, porque en esa lógica predomina una visión exclusivamente militar y se renuncia a reformas sociales, económicas y políticas, todo lo cual está inscrito en la lógica de guerra permanente y preventiva. Pero, además, al identificar como similares a grupos guerrilleros con terroristas y narcotraficantes, lo que Estados Unidos justifica es su involucramiento directo en las luchas internas, que responden a condiciones política, que libran grupos que tienen sus propios presupuestos ideológicos. Eso, sencillamente, es echarle leña al fuego, porque una cosa es financiar, preparar y armar al ejército de un Estado, lo que Estados Unidos viene haciendo desde hace 60 años, a intervenir militarmente en forma abierta en un territorio extranjero, en un país al cual no se le ha declarado la guerra. Desde luego, que Estados Unidos ha intervenido de esta forma, pero eso se hacía en forma soterrada y clandestina; lo que ahora se plantea es hacerlo de manera directa, lo que supone ampliar la noción de campo de batalla a todo el mundo (cf. Egremy, 2009). Esto quiere decir que Estados Unidos ha decidido considerar que la guerra irregular adquiera tanta importancia como la guerra convencional, y por ello deberá identificar sus potenciales enemigos no estatales y estatales que se conviertan en peligros para la seguridad de los Estados Unidos y atacarlos en sus propios

territorios. Con esto tenemos que a un país como Colombia ya no solo van a venir mercenarios y asesores que, formalmente no intervienen en las batallas, sino que en determinados momentos pueden llegar a desembarcar marines.

Bibliografía

- Blair, Dennis, "Latinoamérica, amenazada por crimen y populismo". En: *noticias.latino.msn.com/latinoamerica/articulos.aspx?cp*.
- Calle, Fabián, "La crisis Venezuela-Colombia: las capacidades militares que esconden las palabras" (4/3/2008). En: http://www.nuevamayoria.com/index.php?option=com_content&task=view&id=346&Itemid=1 (último acceso: 2/3/2013).
- Calloni, Stella, "Expansión militar de Estados Unidos: Golpe en Honduras y bases en Colombia" (27/8/2009). En: http://www.terrorfileonline.org/es/index.php/Stella_Calloni_Expansi%C3%B3n_militar_de_Estados_Unidos:_Golpe_en_Honduras_y_bases_en_Colombia (último acceso: 2/3/2013).
- Ceceña, Ana Esther, "Estrategias de construcción de una hegemonía sin límites". En: Ceceña, Ana Esther (coord.), *Hegemonías y emancipaciones en el siglo XXI*. Buenos Aires: CLACSO, 2004.
- Chiani, Ana María, "Plan estratégico de Estados Unidos para América Latina y el Caribe" (13/7/2009). En: <http://www.observanto.com/site/notas/147/EEUU-plan-estrategico-para-Amer...> (último acceso: 2/3/2013).
- Dieterich, Heinz, *Las guerras del capital. De Sarajevo a Irak*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2003.
- Diez Canseco, Javier, "América Latina: territorio en disputa". En: *América Latina en movimiento* (2007). En: <http://alainet.org/active/16636&lang=es> (último acceso: 2/3/2013).
- Dufour, Jules, "La Red Mundial de Bases Militares de los EE.UU. Los fundamentos del terror de los pueblos o los eslabones de una red que aprisiona la humanidad". (10/4/2007). En: www.avizora.com/.../0025_bases_militares_de_estados_unidos.htm (último acceso: 2/3/2013).
- Egremy, Nydia, "Contrainsurgencia para el siglo XXI". En: *Rebelión* 1 (julio de 2009). En: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=87880> (último acceso: 2/3/2013).
- García Cuñarro, Luis M., "El globalismo militar de los Estados Unidos, en". En: www.cubasocialista.cu/texto/defensa/cssd001.htm.
- Golinger, Eva, "Documento oficial de la Fuerza Aérea de EEUU revela las verdaderas intenciones detrás del Acuerdo Militar con Colombia" (6/11/2009). En: <http://www.aporrea.org/tiburon/a89582.html> (último acceso: 2/3/2013).
- , "Guerra irregular contra Venezuela" (2010). En: <http://elsudamericano.wordpress.com/guerra-irregular-la-nueva-doctrina-i...> (último acceso: 2/3/2013).
- Herren, Gustavo, "Colombia y la 'movilidad' militar de Estados Unidos en América del Sur y África" (28/8/2009). En: <http://centroschilenos.blogia.com/2009/082904-colombia-y-la-movilidad-militar-de-estados-unidos-en-america-del-sur-y-africa.php> (último acceso: 2/3/2013).
- Isaza Delgado, José Fernando / Campos Romero, Diógenes, "Algunas consideraciones cuantitativas sobre la evolución del conflicto en Colombia". En: *Revista de Economía Colombiana* 322 (febrero de 2008), pp. 3ss.
- Johnson, Chalmers, "El imperio estadounidense de las bases" (febrero de 2004). En: http://www.nodo50.org/moc-carabanchel/documentos/yanki/imperio_bases.htm (último acceso: 2/3/2013).
- Klare, Michael, "La estrategia energética Bush-Cheney: Los cuatro rincones del petróleo". En: http://www.mundoarabe.org/estados_unidos_y_el_petr%C3%B3leo.htm (último acceso: 2/3/2013).
- , "La nueva misión crucial del Pentágono I y II" (19/10/2004). En: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=6312> (último acceso: 2/3/2013).

- “McEjércitos: ¿Qué es la globalización de la guerra?” (18/2/2007). En: www.nodo50.org/antimilitaristas/spip.php?article3121 (último acceso: 2/3/2013).
- Machado, Decio, “Los planes militares de Estados Unidos en Latinoamérica” (24/10/2009). En: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=93840> (último acceso: 2/3/2013).
- Modak, Frida, “¿Para qué 20 **bases** militares de EE.UU.?” (1/12/2009). En: http://www.nodo50.org/ceprid/spip.php?article666&debut_articles_rubrique=90 (último acceso: 2/3/2013).
- Mosaddeq Ahmes, Nafeez, “El ejército de USA considera una revisión del mapa de Oriente Próximo para conjurar una próxima crisis global” (11/9/2006). En: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=37401> (último acceso: 2/3/2013).
- Otero Prada, Diego. *El papel de Estados Unidos en el conflicto armado colombiano. De la Doctrina Monroe a la cesión de siete bases militares*. Bogotá: Ediciones Aurora, 2010.
- Pereyra, Gentileza Mario, “Senador de EEUU planteó hace 9 años la ocupación militar de Colombia para controlar a Venezuela” (28/8/2009). En: <http://lists.econ.utah.edu/pipermail/a-list/2009-August/040622.html> (último acceso: 2/3/2013).
- Ruiz Tirado, Wladimir, “La tendencia militarista del imperio: uribismo y pentagonismo se dan la mano”. En: *Rebelión* (18/9/2009). En: www.rebellion.org/noticia.php?id=91666 (último acceso: 2/3/2013).
- Saxe-Fernández, John, “América Latina: ¿Reserva estratégica de Estados Unidos?” (25/4/2009). En: bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/osal/osal25/02sax.pdf (último acceso: 2/3/2013).
- Schmitt, Jutta, “Guerra de Cuarta Generación: Trastornando nuestras mentes hacia la sumisión total”. (25/8/2009). En: <http://old.kaosenlared.net/noticia/guerra-cuarta-generacion-trastornando-nuestras-mentes-hacia-sumision-t> (último acceso: 2/3/2013).
- Zibechi, Raúl, “Crisis militar en Sudamérica: Los frutos del Plan Colombia” (10/3/2008). En: <http://www.cipamericas.org/es/archives/1417> (último acceso: 2/3/2013).

Artículo enviado directamente para su publicación en *Herramienta*.

- [1] Cf. Minerales estratégicos: una excusa para el expolio del Tercer Mundo y para nuevas guerras, en <http://co.globedia.com/minerales-estrategicos-excusa-expolio-tercer-mundo-guerras>
- [2] Disponible en <http://www.southcom.mil>.
- [3] El texto completo del acuerdo se encuentra en <http://www.colectivodeabogados.org/>, de donde provienen todas las citas textuales que se presenta en este ensayo.
- [4] El libro Blanco al desnudo, en <http://www.americaxxiweb.com/numeros/0059/noticias0059/htd.html>
- [5] “Venezuela doblaría en reservas a A. Saudí”, *El Tiempo*, www.eltiempo.com/

Revista Herramienta N° 52 América Latina Colombia Globalización - Internacional
 © Ediciones Herramienta. Se autoriza la reproducción de los artículos en cualquier medio a condición de la mención de la fuente.

URL del envío: <http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-52/las-bases-militares-en-america-latina-colombia-en-la-geopolitica-imperialis>